

MOVILIDAD SOCIAL DE LOS MEXICANOS EN EU

Entre los migrantes muy pobres, el *sueño americano* sigue vivo y coleando

ECONOMIST INTELLIGENCE UNIT
/THE ECONOMIST

Hace cien años, una sensacional novela que atacaba a la industria empacadora de carne obligó al Congreso estadounidense a redactar las primeras leyes federales sobre seguridad alimentaria. El autor de *La selva*, Upton Sinclair, quedó decepcionado. El esperaba persuadir a los estadounidenses de abrazar el socialismo. Para él, lo importante no era que los mataderos de Chicago fuesen antihigiénicos, sino que representaban el "espíritu del capitalismo hecho carne", un sistema en el cual "un centenar de vidas no valen un centavo". El protagonista principal, un lituano llamado Jurgis Rudkus, había llegado a EU creyendo alcanzar el *sueño americano* por medio del trabajo duro. Pero encontró que "el país entero... no era nada sino una mentira gigantesca".

Pocas veces un gran novelista se ha equivocado tanto. Nadie en la actualidad se preocupa de la pobreza de los lituano-estadunidenses. En cambio muchos se preocupan de la salud del *sueño americano*. ¿Aún pueden los inmigrantes encontrar la manera de prosperar desde el fondo de la escala social? ¿Llegar a ser ciudadanos estadounidenses?

Muchos temen, viendo la ola más reciente de inmigrantes latinoamericanos, en su mayoría sin capacitación laboral, que la respuesta sea no. A algunos les inquieta que los recién llegados carezcan de educación y estén culturalmente aislados para prosperar o asimilarse. Otros están convencidos de que a los trabajadores inmigrantes los explotan de manera horrible o están atrapados en empleos de bajos salarios. Ambas preocupaciones son infundadas en gran parte.

Un ejemplo es Alberto Queiroz, quien cruzó la frontera hace 12 años. Después de un viaje encerrado en la cajuela de un coche, encontró su primer empleo en una fábrica china de prendas de vestir en Los Angeles. Al no tener papeles se tuvo que conformar con un salario de 2.50 dólares por hora. Aunque la cantidad era mezquina e ilegal, era mucho más de lo que habría podido ganar en México.

Después de dos años se trasladó a Carolina del Norte. Ahí cosechó arándanos por 5 dólares la caja, ganando casi 100 dólares libres de impuestos por una jornada de 12 horas. Sin embargo, este empleo sólo duró dos meses,



Agentes de la Patrulla Fronteriza ayudan a una jovencita a cruzar una valla, luego de que quedó a la deriva al sur de Texas, cuando el grupo de inmigrantes con el que viajaba fue detenido ■ Ap

hasta que la cosecha terminó. Buscó un trabajo más estable, que encontró en el rastro de cerdos más grande de EU.

La planta de alimentos Smithfield en Tar Heel, Carolina del Norte, convierte en piezas de jamón y lomo unos 32 mil cerdos al día.

¿Pero un matadero es un lugar agradable para trabajar? Smithfield no permite la entrada a periodistas por razones de "bioseguridad". En 2004 Human Rights Watch, organismo de derechos humanos con sede en Nueva York, publicó el informe *Sangre, sudor y miedo*, donde acusa a las empresas estadounidenses productoras de carnes y aves de "violaciones sistemáticas de los derechos humanos". Los mataderos son lugares inclementes y peligrosos, dice el informe, y los inmigrantes indocumentados, que integran gran parte de la mano de obra, encuentran difícil desafiar a sus abusivos patrones.

Queiroz tiene una visión más benigna. Sí, el trabajo es duro. La línea avanza con rapidez y hay que mantenerse cortando hasta que las manos se cansan. Y sí, a veces es peligroso. Una vez vio a un compañero de trabajo

perder una pierna por pasar agachado bajo la línea de destazamiento en vez de darle la vuelta.

Queiroz no piensa que Smithfield fuese mal patrón. Salarios de más de 10 dólares por hora le permitieron comprar una casa en México. Y cuando se cansó, renunció y puso un puesto de tacos con su hermano. Eso fue hace cinco años. Ahora tiene un restaurante mexicano. EU, dice, es "tierra de oportunidades".

Empresas como Smithfield prefieren ahora sitios rurales, donde los alquileres y los salarios son más bajos. Y la mano de obra inmigrante es en gran parte de habla española.

Señales del mercado

Las noticias sobre empleos se esparcen rápidamente por la red de rumores de los hispanohablantes. La mudanza de las procesadoras de carne al campo es una de las muchas señales del mercado que atraen inmigrantes a diversas partes de EU. Los nuevos nómadas se dirigen no sólo a California, Nueva York, Texas y Florida, sino también a Georgia, Arizona, Arkansas y Oregon. Quizás el cambio más

rápido ha ocurrido en Carolina del Norte, donde el auge de la tecnología y de la construcción ha captado cientos de miles de trabajadores inmigrantes, lo que ha incrementado la población de habla hispana más de mil por ciento desde 1990.

En algunas áreas, los recién llegados ponen bajo presión los servicios locales. Cindy Evans, directora de una clínica para niños del condado de Raleigh, dice que el porcentaje de sus pacientes hispánicos ha aumentado dramáticamente, de 2% hace una década y media a casi 65%. La clínica está llena de letreros bilingües. Al lado de uno, alguien garrapateó: "¡Hablen inglés!"

Muchos nativos de Carolina del Norte están angustiados por el ritmo al que su estado se ha latinizado. Pocos de los recién llegados arribaron con papeles migratorios. Algunos se han unido a pandillas. Como en el resto de EU, la antipatía hacia esos inmigrantes, aunque extendida, es benigna y pocas veces violenta. Sin embargo, no debe desestimarse, ya que es políticamente influyente. En Washington, el Congreso todavía lucha por reconciliar las contradictorias reformas migratorias: una ley que propone la Cámara de Representantes, la cual penaliza severamente a los indocumentados, y una propuesta del Senado que les ofrece una vía de acceso la ciudadanía.

El miedo a la inmigración es análogo al temor a la globalización. El desempleo puede ser bajo, pero muchos estadounidenses temen perder sus empleos ante alguien que cobre más barato en Bangalore o que llegue en autobús desde Tijuana. Mientras tanto, los beneficios de la inmigración, así como los de la globalización, pasan inadvertidos. "Los estadounidenses simplemente dan por sentado que pueden pedir una pizza a domicilio por 9 dólares", dice Federico van Gelderen, ejecutivo de Univision, con sede en Raleigh.

Es difícil medir de manera precisa las consecuencias económicas de la inmigración. Enfocándose sólo en Carolina del Norte, Juan Kasarda y James Johnson descubrieron que los latinos pagaron 756 mdd en impuestos al año y le cuestan 817 mdd al gobierno de ese estado. Esto representa una carga neta de 102 dólares por cabeza. A Kasarda, profesor en la Escuela de Negocios de la Universidad Kenan-Flagler de Carolina del Norte, le preocupa

que los militantes antinmigrantes aprovechen estas cifras, las cuales se ven empequeñecidas por el impacto positivo del gasto de los latinos en Carolina del Norte, que Kasarda estima en 9 mil 190 mdd en 2004. Eso se traduce en casi 90 mil nuevos empleos, afirma.

La preocupación de que EU esté importando una nueva clase de latinos pobres, como algunos aseveran, es también infundada. Claro, los que nacieron en el extranjero son menos educados y ganan menos que el estadounidense promedio, lo cual no es sorprendente, ya que muchos eran hasta hace poco tiempo campesinos mexicanos. Lo que importa es si son socialmente móviles, y parece que lo son. Sin embargo, según algunas medidas de ingreso y educación, el promedio de los hispanos no ha mejorado mucho, sino que ha disminuido por el flujo constante de mexicanos pobres. Una manera mejor de calibrar el progreso es considerar las diferencias entre generaciones.

Los inmigrantes mexicanos de primera generación ganan apenas la mitad que los blancos. Pero la segunda generación ha alcanzado a los negros y percibe tres cuartas partes de lo que ganan los blancos.

También gozan de más prestaciones que los de la primera generación: tienen el doble de probabilidades de tener un patrón que les proporcione pensiones y una vez y media más probabilidades de contar con seguro médico. Y las hijas adultas de inmigrantes mexicanos que han aprendido inglés tienen muchas más probabilidades de obtener empleo de las que tenían sus madres.

En términos absolutos, los mexicanos se han enriquecido mucho más al venir a Estados Unidos. Si no hubiera sido así, regresarían a casa. Y a sus hijos les está yendo incluso mejor. En tanto que sólo 40% de los inmigrantes mexicanos de primera generación, de entre 16 y 20 años, están en alguna escuela o universidad, casi dos tercios de la segunda generación lo están. Es más sorprendente la diferencia en las edades entre 21 y 25 años: de 7.3% a 24.4%.

Para muchos inmigrantes de primera generación, lograr que sus hijos ingresen en una universidad estadounidense es la prueba final de prosperidad. Marco Roldán, por ejemplo, ha estado 22 años en EU y todavía tiene acento guatemalteco y una sintaxis rara. Comenzó su carrera vendiendo tortillas de puerta en puerta. Después de muchas semanas de 75 horas, ahora posee un supermercado en Raleigh donde una clientela, en su mayoría de inmigrantes, paga en efectivo por música popular latina, tilapia viva y una amplia variedad de chiles. Roldán está orgulloso de su riqueza arduamente conseguida, pero no tanto como del título de su hija, egresada de Stanford.

FUENTE: EIU/INFO-E

ECONOMIST INTELLIGENCE UNIT
/THE ECONOMIST

CRECE LA BRECHA ENTRE RICOS Y POBRES EN ESTADOS UNIDOS

▶ Los que tienen más capital son los grandes beneficiarios de la reciente prosperidad estadounidense

Washington, DC. Los estadounidenses no deben sentir envidia. La brecha entre ricos y pobres es más grande que en cualquier otro país desarrollado, aunque no muchos se preocupen de eso. Mientras los europeos se muestran inquietos por la forma en que se divide el pastel, los estadounidenses no quieren desplumar a los ricos, sino unirse a ellos. Ocho de cada diez personas, más que en cualquier otro país, creen que aunque sean pobres, si trabajan duro pueden hacer carretadas de dinero. Esa es la parte fundamental del *sueño americano*.

En consecuencia, la política económica se ha enfocado más en el crecimiento económico que en la redistribución del ingreso, de acuerdo con el adagio de John Kennedy, quien decía que “la marea alta levanta todos los barcos”. Y la marea ha sido alta en los últimos tiempos. Durante una década, la economía de EU ha sobrepasado a la de otros países ricos, gracias a una importante elevación del crecimiento de la productividad posterior a 1995. En la actualidad sus trabajadores producen casi 30% más por hora que hace diez años. A finales de los años noventa todos compartieron el auge. Y aunque los ingresos altos crecieron de manera más rápida, los salarios de todos los trabajadores superaron, con mucho, la tasa de inflación.

Pero después de 2000 algo cambió. El ritmo del crecimiento de la productividad ha aumentado de nuevo, pero parece que está levantando pocos barcos. Aun con los incrementos derivados de la inflación, el salario del típico trabajador estadounidense —a la mitad exacta de la distribución del ingreso— ha crecido menos de 1% desde 2000. En los cinco años previos, aumentó 6%. Si se agrega el valor de prestaciones laborales, como servicios de salud, el contraste es un poco menos desolador. Pero cualquiera que sea la medición, resulta evidente que sólo los trabajadores más capacitados han visto crecer sus paquetes salariales durante el actual auge económico. Los dividendos de la productividad han sido desviados hacia los sueldos más altos y hacia las compañías cuyas ganancias, medidas como porcentaje del PIB, han alcanzado niveles sin precedente.

Incluso en un país que tolera la desigualdad, hay consecuencias políticas cuando la marea alta sólo levanta unos cuantos barcos. El impacto del estancamiento de los salarios se ha agravado por el aumento de los precios inmobiliarios. Muchos estadounidenses están insatisfechos con la economía; de acuerdo con la más reciente encuesta Gallup, menos de cuatro de cada diez piensan que están en estado



Los estadounidenses tienden a culpar de sus adversidades no a sus compatriotas ricos, sino a los extranjeros pobres. En la gráfica, varios hombres descansan en la Casa del Migrante, en San Luis Río Colorado, México. Con el despliegue de tropas estadounidenses de la Guardia Nacional se ha encarecido el precio que cobran los *polleros* ■ Ap

“excelente” o “bueno”, en comparación con casi siete de cada diez cuando George Bush asumió el cargo.

La Casa Blanca declara estar tranquila. Bush ha señalado con frecuencia que, desde su punto de vista, el promedio de ingresos por persona, después de impuestos, ha crecido más de 8%, tomando en cuenta la inflación. Tiene razón, pero al trabajador medio —aquel que está a la mitad de la escala de ingresos— no le ha ido tan bien como a los trabajadores cuyas remuneraciones han mejorado debido a los grandes incrementos de los de más arriba.

En privado, algunos políticos admiten que las tendencias recientes los tienen preocupados, y no sólo por las elecciones de noviembre. Las estadísticas sugieren que el auge económico puede desvanecerse. Los estadounidenses aún se dirigen a las tiendas con gusto, pero no es el crecimiento económico real, sino los bajos índices de ahorro y las deudas crecientes (a causa de los altos precios inmobiliarios), lo que mantiene abiertas las Carteras. Una quiebra podría conducir al descontento político y con el tiempo distorsionar la estructura social del país. “Si las cosas siguen así por más tiempo”, especula una persona bien informada, “vamos a terminar como Brasil”, país conocido por la concentración de sus ingresos y riqueza.

Los no tan ociosos ricos

El aumento de los trabajadores ricos refuerza la imagen de EU como la *tierra de oportunidades*. Pero, de acuerdo con algunos índices, esa imagen es una ilusión. Varios estudios recientes muestran que, en EU más que en Canadá o en gran parte de Europa, el ingreso de los padres es una mejor manera de predecir si alguien será rico o pobre. Casi la mitad de las disparidades de ingreso que se dan en una generación se reflejan en la siguiente. En Canadá y los países nórdicos esa proporción es de una quinta parte.

No hay certeza sobre si esta esclerosis se está incrementando: la evidencia al respecto es ambigua. Muchos estudios sugieren

que la movilidad entre generaciones ha sido la misma en las décadas recientes, y algunos sugieren que ha decrecido. Aún así, los estadounidenses comunes creen que la suya sigue siendo una *tierra de oportunidades*. La proporción de quienes creen que se puede comenzar pobre y hacerse rico ha crecido 20 puntos porcentuales desde 1980.

Eso explica en parte por qué los votantes que se quejan de la economía nunca han respondido a políticos clasistas. John Edwards, candidato demócrata a la vicepresidencia en 2004, logró pocos avances con su teoría de los “Dos EU”, uno para los ricos y otro para el resto. Más de 70% de los estadounidenses apoyan la abolición del impuesto sobre bienes raíces

heredados, aunque sólo un propietario de cada 100 lo pague.

Los estadounidenses tienden a culpar de sus adversidades no a sus compatriotas ricos, sino a los extranjeros pobres. Más de seis de cada diez desconfían del libre comercio. Una encuesta reciente de *Foreign Affairs* sugiere que casi nueve de diez se preocupa que sus trabajos vayan a parar al exterior. Los congresistas hacen eco de sus temores. Aunque la economía crece, muchos se han vuelto proteccionistas vociferantes.

La teoría convencional es que los cambios de los años recientes son simples pasos en caminos que comenzaron a separarse, entre ricos y pobres, en la era de Reagan. Durante los años cincuenta y sesenta, los días felices de la clase media estadounidense, la productividad creció y sus beneficios fueron compartidos entre muchos. La separación entre los salarios más bajos y los más altos se redujo. Después de las conmociones petroleras de 1973, el crecimiento de la productividad disminuyó en forma repentina. Unos años después, a principio de los ochenta, la brecha entre ricos y pobres comenzó a expandirse.

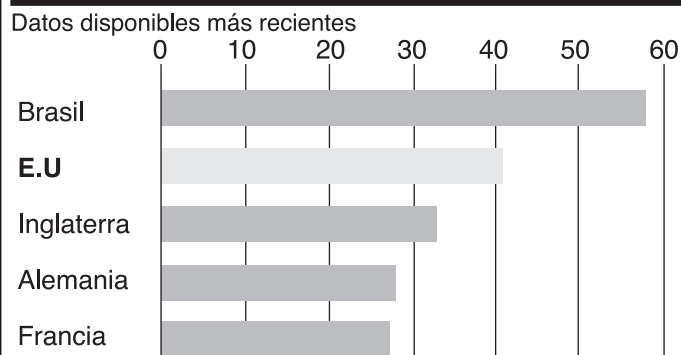
El tamaño exacto de la brecha depende de la manera en que se mide. Si se toman en cuenta los salarios, la principal fuente de ingresos de muchas personas, se subestima la importancia de los servicios de salud y otras prestaciones. Si se considera el ingreso familiar, se necesitará tomar en cuenta que el típico núcleo familiar se ha reducido en décadas recientes, gracias al crecimiento de las familias de un solo padre. Si se observan las estadísticas de gasto, se descubrirá que la brecha entre pobres y ricos es menos amplia que cuando se trata de ingresos. Cada medición demuestra que, durante los pasados 25 años, a los de arriba les ha ido mejor que a los que están a la mitad de la escala, quienes a su vez han rebasado a los que están en la parte más baja. Las ganancias del crecimiento de la productividad se han desvirtuado cada vez más.

En suma, es probable que la distribución del ingreso estadounidense continúe las tendencias del pasado reciente. Mientras los de arriba seguirán cobrando enormes sueldos, los del amplio rango de la clase media verán reducirse sus salarios. Las consecuencias políticas dependerán del ritmo de cambio y de la salud general de la economía. Con suerte, la subcontratación de servicios en el exterior podría suceder de manera gradual, lo que daría tiempo a que los trabajadores adapten sus habilidades mientras el fuerte crecimiento mantiene alto el nivel de empleo. Pero si la economía afloja el paso, el escepticismo de los estadounidenses sobre la globalización crecerá. E incluso su famosa tolerancia ante la desigualdad podría llegar a su límite.

FUENTE: EIU/INFO-E

Menos iguales que otros

Coefficiente de Gini (medida de desigualdad de ingresos)



* 200 para todos los países, con excepción de Alemania (2001) y Brasil (2003)

Fuente: OCDE, Banco Mundial

LA JORNADA

